

e inquietudes de su tiempo: las consecuencias del olvido de la comprensión cristiana del hombre, la necesidad de detener la debilidad del pensamiento y la degradación de la educación, el conflicto Occidente-Islam, el atentado del 11 de Septiembre contra las Torres Gemelas... son buena prueba de ello.

En definitiva, un hermoso libro (no solo por su contenido, sino también por su bella y cuidada presentación, aunque sean una pena las numerosas y llamativas erratas tipográficas y los descuidos a la hora de nombrar a algunos autores), que recoge el pensamiento y la experiencia de un creyente y teólogo que quiere estar a la altura de su época y que muestra la capacidad de la fe para dialogar con el mundo de hoy y fecundar e iluminar sus incertidumbres. A pesar de no ser una antología propiamente académica, en ella se puede descubrir al teólogo de raza, a la vez que al hombre, al creyente y al ciudadano de su tiempo. Es una buena aproximación a la obra y la figura de D. Olegario González de Cardedal, y de paso un homenaje a la labor teológica y a la ciudad de Ávila, que merece la pena leer. Incluye, además, una oportuna enumeración de todos sus escritos y colaboraciones, que ayuda a caer en la cuenta del amplio abanico de sus preocupaciones y la fecundidad de su trabajo. Esperemos que el libro no pase desapercibido al ser una edición no comercial y sin una amplia distribución y difusión.

GABRIEL ALONSO

R. GUARDINI, *La esencia del cristianismo. Una ética para nuestro tiempo* (Madrid, Cristiandad, 2002) 360 pp. ISBN 84-7057-466-3

Ediciones Cristiandad reedita en un mismo volumen, en la colección *Obras Seleccionadas y Homenajes*, dos obras significativas de Romano Guardini. Ambas ya habían salido a la luz anteriormente en la antigua colección de bolsillo de la editorial (Epifanía, nn. 38 y 16) y, sin duda, es un acierto editorial volver a hacerlas accesibles en pequeño formato al público de habla castellana. Esta publicación es oportuna porque la primera obra se ha convertido en un libro de referencia de la teología del siglo XX y la segunda, a pesar del paso del tiempo, no ha perdido un ápice de actualidad (lo que ocurre con autores, como Guardini, que se convierten en clásicos).

Respecto a *La esencia del cristianismo*, hay que decir que se inscribe en la larga tradición de ensayos de teólogos y pensadores que han abordado la ardua tarea de reflexionar sobre cuál sea la entraña última de la fe cristiana (Feüerbach, Harnack, Adam, Guardini, González de Cardedal –recientemente– entre nosotros, etc). El ensayo, escrito en 1929, era inicialmente una introducción metodológica a otras dos obras del autor, *La imagen de Jesús, el Cristo, en el Nuevo Testamento* y *El Señor*. Pero no hay duda de que, con el transcurrir de los años, ha cobrado vida propia como un análisis certero del núcleo de la religión cristiana.

Durante toda su vida Guardini estuvo preocupado por determinar con precisión la esencia del espíritu cristiano y diferenciarlo claramente de cualquier deformación o

comprensión insuficiente del mismo. Buena prueba de ello es otra obra suya de 1935 en este sentido: *Unterscheidung des Christlichen (Diferenciación de lo cristiano)*. En consecuencia, su esfuerzo de síntesis es clarificador. Frente a cualquier visión reductiva del hecho cristiano que sea producto de la abstracción o conceptualización o resultado de categorías naturales (que anularían su auténtica esencia), apuesta por dirigir la mirada hacia una personalidad histórica: la persona de Cristo y su existencia, obra y destino. En la línea de su pensamiento personalista, la esencia de la fe es el elemento personal, pero no en abstracto, puesto que la ley suprema de la existencia humana es Su persona, la de Jesucristo. Este punto de vista permite no reducir el cristianismo a un moralismo, a un legalismo o a una ideología útil socialmente.

Para fundamentar su postura metodológicamente aborda primero la comprobación de dicha tesis en el Nuevo Testamento y, posteriormente, en el estudio de cuál es la posición de la persona de Jesús en el conjunto del cristianismo. En el primer orden de cosas, Guardini constata que la figura de Jesús no puede ser reducida a la de un mero mensajero. En los Evangelios existen expresas manifestaciones de Jesús sobre sí mismo y sobre su relación con Dios; y esto, junto a los datos de su hablar y obrar con máxima autoridad, la exigencia de seguimiento a Su persona y de que se tome partido por Él, hacen caer en la cuenta de la inconmensurable significación que revisita la persona de Jesús en el Nuevo Testamento. Hasta el punto de que la divinidad, tal como es presentada en él, es referida a Cristo y solo desde Él se llega a ella. Jesucristo, el Hijo de Dios, revela el misterio del Padre y se constituye como el único Mediador, haciendo suyo lo nuestro (el pecado) y haciendo nuestro lo suyo (la vida divina) a través del amor manifestado en el Misterio Pascual. En definitiva, la esencia de la verdad cristiana se revela en Jesús, cuya persona es "camino, verdad y vida".

En el segundo aspecto, la posición de Cristo en el conjunto del cristianismo es bien clara. El Misterio Pascual funda la forma y el contenido de una nueva existencia para el creyente. La vida del cristiano se transforma en una correalización de dicho Misterio en el tiempo y en la propia trayectoria vital. La persona de Jesús y su obra redentora se constituyen como el núcleo de sentido y se sitúan en la raíz del porqué del obrar. Asimismo, Cristo se convierte en el criterio y el motivo de conducta; el nuevo *ethos* es la relación filial con Dios ganada para nosotros por Él hasta el punto de que el juicio escatológico que se pronunciará sobre nuestras vidas estará en función del amor al prójimo que, en última instancia, se identifica con el amor a Cristo mismo (Mt 25, 31-46). El sentido y criterio último de la acción del creyente, el bien y la norma suprema, es el mismo Jesús, no el bien en abstracto o el deber y la acción buena consiste en el amor a Él, de modo que Él es el bien en cada acción. En definitiva, Jesús es el contenido y la referencia última del obrar cristiano.

La conclusión que extrae Romano Guardini de las dos líneas argumentales anteriores es nítida: la persona de Cristo es el ser, el obrar y la doctrina de lo cristiano. El cristianismo es, en su esencia, personal: "no hay ninguna determinación abstracta de esta esencia. No hay ninguna doctrina, estructura fundamental de valores éticos, ninguna actitud religiosa ni ningún orden vital que pueda separarse de la persona de Cristo y del que, después, pueda decirse que es cristiano. Lo cristiano es él mismo, lo que a través de él llega al hombre y la relación que a través de él puede mantener el hombre con Dios" (p. 103). No por ello hay que dejar de afirmar que el cristianismo es

la religión del amor, pero el sentido que cobra esta aseveración —desde esta perspectiva— es que la fe cristiana es la religión del amor a Cristo y, a través de él, del amor a Dios y a los hombres.

La segunda obra del volumen, *Una ética para nuestro tiempo*, es la prueba coherente aplicada que corrobora el planteamiento de Guardini en su ensayo anterior. En el debate postconciliar de la teología moral católica sobre la posible o no especificidad de la ética cristiana, nuestro autor no tiene duda. La acción moral del creyente no es que sea sostenida o reforzada únicamente por la relación con el Señor, sino que el sentido definitivo de la misma está penetrado de sentido cristiano. En la relación de las sucesivas virtudes que se van estudiando a lo largo del libro, se constata que no sólo están situadas constantemente en relación con Dios, además de en relación con los demás hombres, sino que Él es, en definitiva, su último garante: “toda auténtica virtud —así lo hemos visto repetidamente— no sólo atraviesa el ser humano entero, sino que sube y alcanza a Dios. Mejor dicho: desciende de Dios, pues su ‘lugar’ auténtico y original es la vida de Dios” (p. 209).

La veracidad, la aceptación, la paciencia, la justicia, el respeto, la bondad, el altruismo..., hasta dieciocho son las virtudes estudiadas en el libro. Una preocupación de fondo que afectaba de lleno al momento cultural vivido por Guardini destaca en el análisis: elevar lo humano por encima de lo meramente animal. Después de la barbarie de la Primera Guerra mundial, una tentación de la cultura europea fue desdibujar lo propio de la condición humana creyendo que así, reducidos a animalidad, los individuos podrían eludir el ejercicio de la responsabilidad y libertad que tan catastróficamente habían sido utilizadas. Es ilustrativo comprobar como reflexiona frecuentemente sobre las virtudes humanas caracterizándolas en comparación y contraste con el comportamiento animal.

Otra observación pertinente es la actualidad de sus diagnósticos, que, en muchas ocasiones, parecen escritos por un autor de nuestros días. Así, por ejemplo, afirma en uno de los capítulos, que “el ‘carácter público’ de la existencia se ha reforzado de modo angustioso: cada vez se informa más deprisa y más completamente sobre lo que ocurre, de modo tan directo, que uno se siente tentado a decir que el informe transcurre por adelantado ante las lentes y los micrófonos de los informadores: lo público interviene cada vez más despiadadamente en la vida personal, de tal modo que el dominio privado desaparece a ojos vistas. Los límites de la vida personal se vuelven como de cristal, y las personas se mueven detrás como peces en el acuario, que se pueden observar en todo lo que hacen y por todas partes”. Son palabras que no precisan comentario sobre su contemporaneidad y cuyas consecuencias se deducen fácilmente: “se echa a perder el mundo interior” y “la radio, o el televisor mete dentro el sensacionalismo del acontecer del mundo, en las horas en que el hombre debería estar consigo mismo” (p. 312); “la vida de una persona así se disuelve en reacciones hacia afuera. No está en ningún sitio, sino que es dispersada en mil influjos...no tiene convicciones propias, sino opiniones que se le han metido del periódico o de la radio” (p. 313).

Romano Guardini, con el pensamiento ético desarrollado aquí, y en otros libros más extensamente, se adelanta a la actual recuperación del concepto de virtud en el terreno de la filosofía moral (cuyo máximo exponente fue *After Virtue* de MacIntyre, al

comienzo de los años ochenta) y que ha impulsado también la renovación de la teología moral católica. La ética, en muchas ocasiones, se había convertido en algo excesivamente legalista y se veía como una imposición de normas morales, en buena parte como consecuencia del moralismo kantiano. Pues bien, la recuperación de un correcto concepto de bien “como aquello cuya realización es lo que de veras hace al hombre ser hombre” (p. 110) y la rehabilitación del de virtud, que estaba demasiado teñido por tintes moralizantes, como algo “vivo y hermoso”, y que significa “que, en cada ocasión, las motivaciones, las fuerzas, el actuar y el ser del hombre quedan reunidos por un valor moral determinante, por –diríamos– una dominancia ética, formando un conjunto característico” (p. 114) ha germinado más pormenorizadamente en la más reciente filosofía y teología moral. De modo que Guardini, por lo indicado, no debe ser perdido de vista como fuente de inspiración efectiva para la reflexión ética contemporánea, especialmente desde la perspectiva de la ética cristiana. Como decíamos, el autor no deja de señalar que “la auténtica idea de revelación está en condiciones de producir efectos para la existencia humana de que no son capaces las desteñidas ideas de la conciencia ética general” (p. 353).

Por último, conviene hacer saber al lector que en la misma editorial tiene a su disposición las obras selectas del autor así, y otras en proyecto de publicación o ya en el mercado. Es de agradecer el esfuerzo de la Editorial Cristiandad por acercar a los lectores de habla castellana la fecunda obra de Guardini y es de esperar que ello reavive el interés por su figura en nuestro contexto cultural, igual que, en su día, la edición de sus Obras Completas, llevada a cabo por la Academia Católica Bávara, supuso la recuperación de su legado tras el transitorio olvido que sufrió en el inmediato postconcilio.

GABRIEL ALONSO